

ANTECEDENTES HISTORICOS DE LA TROYA HOMERICA

BENJAMÍN TORO ICAZA*

RESUMEN

En el presente artículo expondremos los antecedentes inmediatos sobre la ciudad desenterrada en el sitio de Hirssarlik, y que ha sido oficialmente reconocida como la ciudad de Troya, según lo relatado por los poemas de Homero. Además, expondremos las posibles bases históricas de la famosa guerra que la involucró y el estado de los estudios existentes en la actualidad al respecto.

Palabras claves: Troya, Schliemann, Hirssarlik, *Iliada*, Guerra de Troya.

ABSTRACT

In this article we want to describe some antecedents about the city that was unearthed in the site of Hirssarlik, which is officially known as the famous city of Troy, by the descriptions of Homer's poems. Besides, we will expose the possible historical bases about the legendary war of Troy and the most recent studies about it.

Keywords: Troy, Schliemann, Hirssarlik, *Iliad*, Trojan War.

A MODO DE INTRODUCCION:

SOBRE VIVENCIAS PERSONALES Y ANTECEDENTES INMEDIATOS

Hablar de la Troya homérica viene a convertirse en un verdadero desafío personal. En realidad, de niño mi visión personal de los relatos e imágenes que forjé sobre la guerra de Troya no eran muy disímiles —aunque mucho más modestos en alcances— a los que sintió, supuestamente, el niño Heinrich Schliemann. Especialmente, cada vez que rememoraba las ilustraciones sobre la destrucción de la ciudad de Troya que solía ver desde su infancia más remota y, particularmente, aquella imagen del héroe troyano Eneas huyendo de una ciudad en llamas, transportando a su padre en sus espaldas. También admiraba la titánica e incesante lucha de este alemán por descubrir Troya y sufrir los embates de los “expertos” académicos que siempre cuestionaron la existencia de esta ciudad, como de los esfuerzos del propio Schliemann para probar la factibilidad histórica de la Troya homérica¹.

A decir verdad, los únicos antecedentes que se poseían sobre Troya, hace poco más de cien años, estaban en el libro del poeta griego Homero la *Iliada*. La *Iliada* tomaba dicho título de “Ilios” o “Ilion”, que era el nombre que el poeta usó para designar a la ciudad de Troya. Por lo tanto, la *Iliada* era “el poema acerca de Troya”. Homero representaba a Troya como una gran ciudad ubicada al extremo noroeste de Asia Menor. Poseía poderosas murallas que impedían su conquista mediante un asalto directo. En su interior albergaba calles, palacios, templos y casas. No obstante, esta visión idealizada que mantuve de esta ciudad gracias a Homero pasó al olvido por culpa de una posterior formación académica más racional y científica, inherente, lo queramos o no, a nuestra disciplina histórica.

* Profesor de Historia Universal Antigua en el Departamento de Ciencias Históricas y Sociales de la Universidad de Concepción

¹ Para una mayor información sobre la vida y obra de Heinrich Schliemann, y su gran descubrimiento, recomendamos dos obras introductorias para cualquier indagación sobre Troya. Una de ellas es la obra del investigador alemán C. W. Ceram, *Dioses, tumbas y sabios*, Ed. Destino, Barcelona, 1959, pp. 40-68; y la biografía de Emil Ludwig, “Schliemann”, en sus *Biografías*, Ed. Juventud, Barcelona, 1955, pp. 349-578. No obstante, es justo reconocer tanto el mérito de Schliemann como de quienes le precedieron, y que todavía le disputan, el descubrimiento o hallazgo de la ciudad de Troya. Entre ellos podemos mencionar a Robert Wood y Jean Baptiste Lechevalier, en el siglo XVIII; y a Charles Maclaren y Frank Calvert, en el XIX.

En efecto, el asunto de la *Iliada* —en contra de lo que cree el común de la gente— no es sobre la guerra de Troya y su famoso caballo, sino la disputa entre dos reyes, Agamenón y Aquiles, por una esclava llamada Cri-seida. Dicho conflicto personal entre dos individuos produjo efectos colaterales que se extendieron por 51 días de los diez años que duró la mencionada guerra. En realidad, la *Iliada* trata sobre normas de la vida noble, de la lealtad, de la resistencia al poder, del mantenimiento de estructuras tradicionales y los cambios necesarios. Todos esos temas eran importantes en la época en que Homero escribió su poema —siglo VIII a. C.—, particularmente entre la clase noble que luchaba contra otras clases por sus privilegios y su posición en la sociedad².

En vista de lo anterior, tanto Homero como sus oyentes no parecían estar interesados en seguir el relato para plantearse la cuestión de la guerra en sí misma, sobre todo si había tenido lugar y cuándo. Más bien, el acontecimiento de la guerra de Troya formaba parte de un pasado histórico lejano, aunque no estuviera registrado en ninguno de los anales o calendarios del siglo VIII a. C., porque éste no existía. De esta manera, la guerra de Troya era sólo un decorado para la trama expuesta sobre Aquiles y Agamenón. Su objetivo era más bien enseñar a la nobleza de la época homérica una lección sobre la debilidad de una comunidad cuando se produce la discordia entre dos líderes: que lo personal debe dejarse de lado cuando se trata de lo general³.

¿Qué pasa, entonces, con la historicidad de la guerra de Troya? Lo anterior me motivó visitar, a mediados del año 2000, como simple turista —o quizás, como el mismo Schliemann, para alcanzar un reconocimiento académico ante nuestros “expertos” nacionales— el asentamiento de la Turquía moderna identificada por el propio Schliemann, y por otros estudiosos, como el sitio —o mejor dicho, una colina de 150x200 metros— donde existió alguna vez esta ciudad legendaria: Hirsarlik, cuyo nombre significa “pequeña fortaleza”. La colina es una especie de estribación de la meseta calcárea ubicada entre los valles del Mendere y el Dümrek, los cuales constituyen los ríos que Homero hizo famosos en la *Iliada* bajo los nombres de Scamander y Simois. Desde el punto más alto de esta colina se puede observar una buena panorámica sobre la costa del Egeo, a seis kilómetros de distancia, y sobre los Dardanelos, situados a unos cuatro kilómetros⁴.

Las excavaciones realizadas por Schliemann se extendieron desde 1870 a 1890, fecha de su muerte. Sus sucesores, entre los que se cuentan Wilhelm Dörpfeld, William Semple y Carl Blegen, intentaron establecer una cronología oficial del yacimiento, especialmente entre los años 1932 a 1938⁵. En primer lugar se estableció que el sitio excavado por Schliemann estaba compuesto por una serie de asentamientos diferentes superpuestos uno tras otro, los cuales dejaron un depósito de 16 metros de profundidad. Dichos asentamientos han sido identificados mediante números romanos, asignando el I al más antiguo y IX al más reciente:

—Troya I (2920-2450 a. C.), correspondiente a la Edad del Bronce Antiguo II.

—Troya II (2600-2450 a. C.), correspondiente a la Edad del Bronce Antiguo II.

—Troya III-V (2450-1700 a. C.), correspondiente a la Edad del Bronce Antiguo III- Edad del Bronce Medio.

² Michael Siebler, *La guerra de Troya. Mito y realidad*, Ed. Ariel, Barcelona, 2005, pp. 129-130.

³ Además, y acorde al testimonio del dialecto de sus poemas, se cree que Homero escribió indudablemente en griego, pero ignoramos su procedencia. Lo más probable es que provenía o vivió largo tiempo en Jonia, en la parte central de la costa occidental de Anatolia. No obstante, Homero entregó en varios pasajes de su obra descripciones de la zona sudoccidental del Peloponeso. Pero en dichas descripciones salta a la vista que este poeta no conocía en detalle la geografía de la Grecia occidental: Homero parece haber sido un griego de Jonia que probablemente no cruzó jamás el Egeo y menos rodeó la costa occidental de Grecia. Sabía que Micenas era la ciudad principal de Grecia en esta época, pero Homero parece ignorar dónde estaba, puesto que asigna a Agamenón un reino a lo largo de la costa sur del golfo de Corinto, como si Micenas hubiese estado más al oeste; al mismo tiempo que asigna el puerto de Micenas, Tirinto, en la actualidad a 1 km del mar, a otro reino. Pareciera ser que, efectivamente, la geografía expuesta por Homero pareció ser el resultado de recopilación de información sobre tierras remotas, a partir de testimonios indirectos, por parte de un individuo que nunca se movió de su hogar. Lo anterior demuestra una suerte de desconocimiento mutuo entre el Peloponeso y la Jonia, desconocimiento que estaba muy unido al sentido de la rivalidad entre ambas áreas. John Chadwick, *El mundo micénico*, Alianza Editorial, Barcelona, 1982, p. 235.

⁴ Siebler, *op. cit.*, p. 21.

⁵ El primer ciclo de excavaciones arqueológicas comenzó con los trabajos de Schliemann entre 1871 y 1873. El segundo abarca los años posteriores de los hallazgos realizados por el mismo Schliemann en Micenas, esto es, en los años 1878, 1879 y 1882. El tercer ciclo se inicia con la muerte de Schliemann en 1890, e incluye las excavaciones de Wilhelm Dörpfeld en los años 1893 y 1894. El cuarto ciclo, desde 1932 a 1938, está marcado por las excavaciones de Carl William Blegen, de la Universidad de Cincinnati, de Estados Unidos. Finalmente, la última sesión, iniciada en 1988, y que perdura hasta hoy después de cinco sesiones, está a cargo del arqueólogo y prehistoriador alemán Manfred Korfmann, perteneciente a la Universidad de Tübinga.

- Troya VI (1700 -1250 a. C.), correspondiente a la Edad del Bronce Medio- Edad del Bronce Tardío.
- Troya VII (1250 -1040 a. C.), correspondiente a la Edad del Bronce Tardío- Edad del Hierro Antiguo.
- Troya VIII (700 - 85 a. C.), correspondiente al Período Griego.
- Troya IX (85 a. C. - 500 d. C.), correspondiente al Período Romano⁶.

La ciudad, o al menos la ciudadela o fortaleza, de Troya fue ocupada por primera vez al comienzo de la Edad de Bronce, esto es, alrededor del 3000 a. C. A lo largo del prolongado período denominado Bronce Antiguo –esto es, hasta el 1800 a. C.– la arqueología del sitio revela una notable continuidad cultural. Pese a lo anterior, es posible reconocer ciertas catástrofes periódicas, las cuales han permitido que la identificación de cinco de las nueve etapas sean claramente diferenciadas. No obstante, después de cada interrupción, las reconstrucciones fueron inmediatas, sin signos aparentes de la presencia de un elemento nuevo dentro de su población. Efectivamente, por lo menos desde el punto de vista arqueológico, la cultura material hallada en Troya guarda relación con ciertos hallazgos contemporáneos pertenecientes a las islas del norte del Mar Egeo y de las Cícladas, de Tracia y Macedonia e, incluso, mucho más al oeste, en las islas de Lípári. No obstante, las similitudes no sólo guardan relación con el continente griego, sino también con el Oriente, como lo veremos más adelante⁷.

Cabe ahora interrogarnos: ¿Existe algún antecedente que nos permita identificar la Troya que cantó Homero? A juzgar por los descubrimientos arqueológicos, los dos asentamientos de mayor importancia fueron los identificados por los investigadores como Troya II y Troya VI-VII. En efecto, el asentamiento más primitivo, Troya I, era de carácter muy rústico, a diferencia de lo que se descubrió en Troya II. No obstante, tanto Troya I como Troya II fueron destruidas en el curso de un violento conflicto. El siguiente asentamiento, Troya III, no alcanzó un nivel cultural tan elevado, porque correspondía, fundamentalmente, a la misma cultura que Troya II. Los asentamientos de Troya IV y Troya V también fueron de escasa importancia relativa⁸.

En cambio, Troya VI pareció ser la ciudad más importante y de vida más larga, no existiendo un quiebre cultural entre Troya VI y Troya VII, pese a que Troya VI fue probablemente destruida por un terremoto en el año 1250 a. C. Durante el período de Troya VII hubo un gran incremento de la población dentro y fuera de la fortaleza, hasta que –según la opinión de excavadores estadounidenses– este asentamiento fue destruido por el fuego, lo cual permitiría deducir que nos encontramos, supuestamente, con la Troya homérica. En efecto, los asentamientos finales que le precedieron, Troya VIII y Troya IX, corresponden al Período Griego y Romano, respectivamente. En vista de lo anterior, nuestra investigación se centrará en Troya II y Troya VI-VII⁹.

TROYA II

Este asentamiento correspondería a los inicios de la Edad del Bronce. Dentro de él, se han identificado un total de siete subperíodos, de los cuales el llamado subperíodo c es el más importante, porque fue el que confirió ciertas características arquitectónicas que se mantuvieron a través del tiempo en los posteriores asentamientos de Troya II¹⁰. En realidad, Troya IIc era fundamentalmente una ciudadela de planta cuadrada, muy fortificada y de pequeñas dimensiones, puesto que no se extendía más allá de 100 metros cuadrados. Dentro de sus muros sólo pudo dar cabida a una población de individuos bastante modesta, por lo que esta “ciudad”, en sentido estricto, sólo pudo ser identificada como una pequeña ciudadela.

Las fortificaciones de esta ciudadela se hallaban bien planificadas y cuidadosamente construidas a partir de ladrillos y piedras, extendiéndose por 300 metros de largo. La ciudadela propiamente tal estaba rodeada de una muralla de gran espesor que incorporaba, al menos en parte, antiguas construcciones reforzadas con

⁶ Cabe señalar que este asentamiento no da signos de actividad hacia finales del siglo VI d. C. y apenas se mantuvo como sede episcopal secundaria cuando esta región permanecía bajo administración bizantina. Ello ha motivado a los arqueólogos actuales a bautizar el período bizantino como Troya X, y abarcaría entre el 500 y 1000 d. C., aproximadamente. J. T. Hooker, “Troya”, en la obra de Arthur Cotterell (ed.), *Historia de las civilizaciones antiguas*, Tomo I, Ed. Crítica, Barcelona, 2000, p. 306; Oscar Martínez, “Troya, del mito a la historia”, en *Historia Nacional Geográfica*, Número 2, 2004, p. 54.

⁷ M. I. Finley, *Grecia primitiva: la Edad del Bronce y la Era Arcaica*, Eudeba, Buenos Aires, 1987, p. 97.

⁸ Hooker, *Op. cit.*, p. 309.

⁹ AA. VV., *A Guide to Troia*, University of Tubinga Press, Istanbul, 1999, p. 41.

¹⁰ Dentro de los diferentes asentamientos de Troya, se distinguieron también una serie de subperíodos –establecidos por Carl Blegen– que fueron identificados mediante una letra minúscula del alfabeto latino junto al número romano. Cabe señalar que gracias a los medios y experiencia de este profesor de la Universidad de Cincinnati fue posible distinguir cuarenta y siete subdivisiones dentro de los nueve asentamientos identificados por Dörpfeld, cada una de las cuales pasaron a identificarse con una letra.

una serie de torres rectangulares. La entrada de la sección suroeste de la muralla estaba compuesta de tres pequeñas estancias y se llegaba a ella a través de una rampa muy pendiente recubierta con lozas de piedras. Mientras tanto, la entrada por el lado sudeste se realizaba por otra entrada que carecía de rampa.

Al interior de la ciudadela, construida a lo largo de un eje noroeste-sudeste, se elevaba un edificio amplio de unos 27 metros de largo y 9 de ancho. Cabe señalar que un tercio de su longitud estaba ocupado por un vestíbulo cuadrado que conectaba, a través de una puerta, con el vestíbulo principal. Se cree que en el suelo de esta sala existía un hogar, cuya configuración era una sala cuadrada de entrada que conducía a otra sala de forma rectangular, muy similar al megaron que aparece más tarde en la Grecia micénica. Se presume que sirvió como sala de asamblea o reunión¹¹.

El megaron de Troya II contenía, posiblemente, las principales salas ceremoniales del jefe de plaza. Las otras casas que existían en este asentamiento eran más pequeñas, pero estaban construidas según el mismo plano del megaron y orientadas sobre el mismo eje. Dichas construcciones se levantaron al sur y norte del megaron principal. Sin embargo, no se sabe nada de la religión o de las creencias y prácticas religiosas de quienes habitaron Troya II, puesto que no se han encontrado estructuras que correspondan claramente a templos o salas de culto. Sólo en el interior de las murallas fueron descubiertas una serie de tumbas que contenían esqueletos en postura fetal.

Los estudios más recientes defienden la tesis que Troya II fue el asentamiento de un importante rey o príncipe, el cual estuvo fuertemente construido sobre un área total de unos 9.000 metros cuadrados, y no de 100 como se creía antiguamente. No obstante, después de muchas alteraciones a las murallas de fortificación, éstas fueron destruidas un par de veces por violentas conflagraciones. Por tal razón, Schliemann llamó “ciudad quemada” a Troya II, y fue considerada por este excavador como la Troya homérica, tesis que defendió mediante el hallazgo de un gran tesoro —“El Tesoro de Príamo”, según él— que servía de prueba a su postura, pese a que últimas investigaciones han rebatido dicha visión¹².

Por otra parte, los objetos rescatados revelan que no existió una diferencia radical con respecto a la cultura precedente, Troya I. Sin embargo, existen interesantes evidencias que revelan que los habitantes de Troya II poseían mayores recursos. Por ejemplo, utilizaban el bronce y el cobre para fabricar armas y utensilios como recipientes y adornos de plata, oro, ámbar y otros materiales preciosos o semipreciosos. Pero lo más destacable es que su factura pone en evidencia que, en su heterogeneidad y profusión, guarda estrecha relación con los tesoros hallados en las tumbas-foso de Micenas¹³.

Por lo tanto, un examen superficial de los objetos recuperados de Troya II pone también en evidencia que los troyanos de esa época tenían acceso a grandes riquezas y poseían amplios contactos comerciales, directos e indirectos, con varias regiones aledañas del Antiguo Próximo Oriente. Por tal razón, muchas de sus joyas recuerdan a las encontradas en las tumbas asirias, mientras que la cerámica de una zona muy amplia del Mediterráneo oriental también refleja influencias provenientes de Troya. Tal fue el caso de Eubea y otras partes de Grecia, incluyendo las Cícladas, Tarso (en el sudeste de Anatolia), Creta, Chipre, Macedonia y Tracia¹⁴.

¹¹ Hooker, *op. cit.*, p. 307.

¹² El llamado “Tesoro de Príamo” estaba oculto en el interior de una edificación, en una parte del antiguo conjunto de la puerta FL. No obstante, los actuales estudios llevados a cabo por el arqueólogo alemán Manfred Korfmann sostienen que todo el tesoro no se encontraba en un solo estrato o subnivel: parte de él corresponde a la Troya IIg, otras piezas corresponden a la Troya II central o, quizás, a la Troya III. En todo caso, el tesoro podría datarse, de acuerdo al carbono 14, alrededor de los años 2670 al 2570 a. C.AA. VV., *op. cit.*, p. 29; Siebler, *op. cit.*, pp. 75-77.

¹³ El llamado “Tesoro de Príamo” fue sacado ilegalmente por Schliemann desde Turquía y exhibido orgullosamente en su casa de Atenas. Estaba compuesto de una serie de vasijas, armas y joyas que fueron donadas al Museo de Berlín y exhibidas allí hasta el término de la Segunda Guerra Mundial, donde desaparecería con la llegada de las tropas soviéticas, pese a la negativa de su gobierno acerca de su paradero. Muchos investigadores culparon al régimen soviético de haber robado y/o fundido el tesoro por parte de saqueadores de su ejército. Sin embargo, en 1990, un arqueólogo ruso testimonió haber visto dicho tesoro en 1960 en una bodega gubernamental de Moscú, pero el lugar en cuestión no pudo ser precisado hasta el año 1993, cuando el ministro de Cultura ruso de la época, Jevgeni Sidorov, señaló haber visto parte de dicho tesoro almacenado y catalogado en el Museo Pushkin de Moscú. Posteriormente, el tesoro fue presentado al mundo en una exposición en el Museo Pushkin, y documentado en un catálogo. Las actuales autoridades rusas se han mostrado reacias a devolver el tesoro a Alemania por considerarlo un botín de guerra adquirido en compensación a los daños de guerra producidos al pueblo ruso por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Por tal razón, en la actualidad, en el Museo de Berlín se exhiben réplicas del “Tesoro de Príamo” elaboradas por joyeros yemenitas a partir de las fotografías tomadas por el propio Schliemann. James C. Wright (ed.), *Civilizaciones perdidas*, Tomo 21, *Los Reinos del Egeo*, Ediciones Time-Folio, Barcelona, 1996, p.20; Siebler, *op. cit.*, pp. 85-87.

¹⁴ Hooker, *op. cit.*, p. 308.

TROYA VI-VII

Se considera que la Troya VI, al igual que Troya II, era una fortaleza, pero completamente nueva y más amplia. Fue construida sobre una superficie de 20.000 metros cuadrados. En tamaño, es considerada como uno de los asentamientos más grandes e importantes que se establecieron en la Anatolia occidental. Se cree que surgió alrededor del 1700 a. C. como un asentamiento edificado repentinamente, al igual que muchos otros, también importantes que emergieron en las costas del Egeo. Con el tiempo llegó a convertirse en la más poderosa de todas las ciudades halladas en la colina de Hirssarlik, lo cual se refleja en una serie de complejos muros fortificados, testimonio de su adelanto arquitectónico. Pese a que sólo se conservan el muro de las zonas oeste, este y sur, los restos conservados permiten afirmar que la extensión de Troya VI era el doble de la Troya II¹⁵.

Su desarrollo se prolongó desde mediados hasta finales de la Edad del Bronce y se distinguen en ella ocho subperíodos, identificados por las letras a-h. Esta ciudad, al igual que Troya II, presentaba una serie de elementos nuevos, que la diferenciaron claramente de los otros asentamientos. Para empezar, aunque las fortificaciones de Troya II eran importantes, no pueden compararse con las de Troya VI, aunque es sabido que, durante su larga existencia, sus muros no se construyeron en un solo momento, sino que fueron el resultado de varios trabajos sucesivos, extendiéndose por un largo de 552 metros y con un tamaño de cinco metros de ancho y seis de alto. Cabe señalar que la construcción del muro de fortificación presenta salientes incorporados en forma de dientes de sierra de elevado nivel técnico, los cuales fueron construidos en intervalos de ocho a diez metros, con sillares de unos 8 metros de altura¹⁶.

Destacan también las puertas de Troya VI. En el sur del asentamiento se encontraba una gran puerta a través de la cual se ascendía hacia la parte alta de la colina por medio de una amplia calzada, flanqueada por una gran torre al lado izquierdo. Al este de la fortificación se encontraba otra puerta que dificultaba el asalto de cualquier atacante, mediante un muro que avanzaba lateralmente, dando protección por delante, puesto que desde dicha posición era posible repeler a cualquier enemigo mediante armas arrojadas al flanco derecho de los atacantes que no quedaban cubiertos por sus escudos. Esta construcción estratégica tiene un paralelo casi idéntico en la famosa "Puerta de los Leones" hallada en Micenas¹⁷.

Las casas, al igual que los muros, se hallaban construidas según un nuevo plano, situadas sobre terrazas en forma de anillos, que se elevaban desde el interior de las murallas hasta el centro de la fortaleza, pese a que sólo se han conservado las casas de la terraza inferior. Las calles estaban dispuestas radialmente en torno a la fortaleza central, y tenían una anchura considerable. Se cree que las edificaciones principales, templos y palacios de Troya VI, fueron construidas en la parte superior de la colina —la acrópolis— situada al centro de la fortaleza. Lamentablemente, la gran mayoría de estas edificaciones monumentales se perdieron para siempre durante la época griega y romana, por cuanto se destruyeron las construcciones antiguas para nivelar el terreno y levantar sobre él un templo para la diosa Atenea¹⁸.

En cambio, es posible ver el plano circular de ocho casas, todas las cuales respondían a un concepto diferente de construcción, caracterizado por estar aisladas y con excelente diseño. Cabe destacar, como ejemplo, la llamada Casa de las Columnas, cerca de la sección sur de la muralla, la cual comprendía tres partes: un vestíbulo en la parte este, una estancia principal en el centro (15 x 9 metros) y tres pequeñas habitaciones en la parte oeste. El complejo total debió haber medido 26 metros de longitud y 12 de anchura. Lo más llamativo de la Casa de las Columnas —además de su tamaño— radica en la existencia de dos columnas cuadradas de la sala central, que soportaban el techo, y tres escalones de piedra que conducían desde la sala hacia el norte. Dichos escalones debían indicar la entrada principal, por lo cual no podemos considerar esta construcción como un auténtico megaron. Por otra parte, destaca también otro edificio identificado como la casa M, en el sudoeste de la fortaleza, el cual es notable por su plano en forma de L y su terraza de más de cuatro metros de altura, sobre la cual se elevaba¹⁹.

¹⁵ Finley, *op. cit.*, p. 98.

¹⁶ AA. VV., *op. cit.*, p. 39.

¹⁷ Siebler, *op. cit.*, p. 159.

¹⁸ Siebler, *op. cit.*, p. 159.

¹⁹ Hooker, *op. cit.*, p. 310.

Cabe señalar que, por mucho tiempo, muchos investigadores y visitantes se cuestionaban el hecho de que los 20.000 metros cuadrados que formaban el área de la fortaleza de Troya constituirían, pese a todo, un espacio muy reducido para haber sido la gran ciudad cantada por Homero. No en vano, una ciudad de dimensiones tan reducidas no pudo haber constituido jamás una gran potencia que motivara una gran guerra frente a sus murallas. Por tal razón, algunos especialistas como Franz Kolb llegaron a afirmar que tanto Troya VI como VII eran asentamientos pequeños y pobres, a los cuales difícilmente se les podría definir como “ciudades” y que no guardaban relación alguna con las descripciones homéricas, las cuales eran esencialmente literarias y/o poéticas y no históricas.

Esta visión cambió radicalmente en 1988. Precisamente, durante la sesión de excavaciones realizadas por la Universidad de Tübinga en 1988 —denominada “Proyecto Troya”, e integrada por especialistas de Alemania, Austria, Dinamarca, Gran Bretaña, México, Estados Unidos y Turquía— se descubrieron vestigios de construcciones pertenecientes a Troya VI, los cuales correspondían a una gran muralla defensiva ubicada a 400 metros al sur de la fortaleza. Con ello, demostraba que el asentamiento de Troya VI se extendería, en vez de los 20.000 metros cuadrados anteriormente citados, por una superficie de cerca de 270.000 metros cuadrados. Gracias a este hallazgo, se pudo determinar que Troya VI era diez veces más grande de lo que se creía previamente, y contaba con una población que bordeaba entre 7.000 a 10.000 personas²⁰.

Efectivamente, ante la gran puerta sur situada en la fortaleza se comenzó a excavar ciertos niveles que contenían huellas claras del asentamiento de Troya VI, pero que estaban situadas fuera de la fortaleza, todo lo cual reflejaba la existencia de una ciudad inferior o exterior extendida por los alrededores de los muros que protegían la fortaleza. Excavaciones posteriores demostraron que, en varios lugares situados fuera del gran muro de fortificación, se constataba la existencia de huellas dejadas por Troya VI. Por lo tanto, se pudo comprobar que la llamada ciudad inferior había sido planeada desde el principio, por cuanto también se descubrieron plantas de edificios de dimensiones considerables, aunque tal vez no tan impresionantes como las que existieron al interior de la fortaleza o ciudad alta²¹.

Por otra parte, en el año 1994 los arqueólogos descubrieron, a unos cuatrocientos metros de distancia de la puerta sur, una instalación de fortificaciones que rodeaba la ciudad inferior. Esa instalación correspondía a un foso de 3,20 metros de anchura en forma de U. Siguiendo el recorrido mediante más excavaciones arqueológicas, fue posible desenterrar un extenso foso de más de dos kilómetros. El final del foso correspondía a la época de Troya VI; mientras que otro foso de dimensiones parecidas fue descubierto al año siguiente y correspondía al período de Troya VI-VIIa. El objetivo de esa construcción parece haber sido una medida de protección contra la principal arma del segundo milenio: los carros de combate²². Para dicho efecto se construyó un foso que sólo podía cruzarse mediante una puerta determinada que, en caso de peligro, se cerraba para impedir el paso de carros de guerra enemigos, como también para regular el acceso a la ciudad inferior²³.

²⁰ AA. VV., *op. cit.*, p. 38.

²¹ En realidad, se debe reconocer que el propio Schliemann consideraba que frente a los muros de la fortaleza debía existir una ciudad exterior a esta construcción. También Wilhelm Dörpfeld pensaba lo mismo cuando Max Weigel encontró en 1893 dos sepulturas de cremaciones pertenecientes al período de Troya VI. No obstante, fueron los arqueólogos estadounidenses, bajo la dirección de Blegen, quienes descubrieron un cementerio de la época de Troya VI que pudo haber marcado el límite de una posible ciudad inferior. También Blegen llegó a mencionar los restos de un asentamiento ubicado más allá de la fortaleza, y que constituía una ciudad inferior de dimensiones desconocidas. Siebler, *op. cit.*, pp. 160-161.

²² El uso de caballos y carros de combate en la *Iliada* sigue siendo motivo de debate, por cuanto las narrativas homéricas mencionan su uso durante la guerra de Troya en un sentido bastante ambiguo. En la época en que escribe Homero —siglo VIII a. C.— el uso de caballos y carros de combate constituían recursos comunes dentro de las batallas de esa época, pero existen dudas de si en la época en que se ambientaban las narraciones homéricas dichas tácticas existían o no. En efecto, los combates descritos en la *Iliada* son efectuados a pie y los carros no parecen cumplir un rol destacado dentro de las batallas. Tal vez sea factible que durante la época Micénica III los carros cumplieran más bien una función práctica de transporte antes que el de táctica militar. Bajo ese punto de vista, Robert Drews piensa que, pese a la identificación clásica de los “aqueos” de Homero con los micénicos, los relatos homéricos parecen rememorar una época más incivilizada, más belicosa e iletrada que correspondería a regiones montañosas de Tesalia, y que los aqueos o “argivos” era una población que hablaba un tipo de lengua griega arcaica semejante al dialecto eólico y diferente al otro tipo de griego arcaico correspondiente al Lincal B hallado en Micenas. En vista de lo anterior, Drews sostiene que Homero ignoraba los carros de guerra porque la sociedad heroica que describía era una sociedad de infantería dentro de la cual el carro era simplemente un símbolo de estatus. Por lo tanto, los aqueos de Homero representaban a una sociedad guerrera que ignoraban las batallas entre carros y de arquetos montados en ellos, pero en cambio sí conocían el uso de armas como dardos, jabalinas y los combates a pie. Robert Drews, *The End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe C.A. 1200 B. C.*, Princeton University Press, New Jersey, 1993, pp. 117-118.

²³ Korfmann sostiene que un mero foso no servía para ofrecer una plena seguridad a los habitantes de la ciudad inferior, por lo que fue necesaria la construcción de otra gran muralla que rodeaba a toda la ciudad inferior. Actualmente no existen vestigios de tal construcción monumental, pero es factible que esto se deba a que los materiales empleados en su construcción, generalmente piedras, fueron extraídos y vueltos a utilizar en la construcción de la ciudad de Troya perteneciente a los períodos griego y romano. Siebler, *op. cit.*, pp. 162-163.

Las construcciones descubiertas en esta área de la ciudad inferior pertenecen culturalmente a los períodos o generaciones de edificios correspondientes a Troya VIIa y Troya VIIb1, construidas sucesivamente después de la destrucción de Troya VI por un terremoto. Cerca de la torre este de la fortaleza –denominada por los arqueólogos como el “bastión nordeste”, por cuanto posee un espolón que sobresalía por encima de la llanura en el norte– se descubrió asentamientos humanos que yacían uno sobre otro de forma continuada, formando un total de seis o siete fases de edificación. Se presume que la misma torre tenía 9 metros de altura pero, en su forma original, debió ser mucho más elevada y, al parecer, no tenía sólo una función defensiva, sino que ocultaba también una vena de agua con una cisterna en el interior que tenía como objeto garantizar la provisión de agua a la ciudad inferior:

Con el descubrimiento de los fosos de defensa y el muro de la ciudad se puede cerrar, por así decirlo, el “círculo de muro” por medio de la reconstrucción. El recorrido del muro de defensa de la ciudad inferior, que se erigió o por completo con piedra y adobe, transcurría probablemente (...) a 90-120 m de distancia de la instalación del foso y de la empalizada (¿y puertas?). Los dos elementos de defensa, el foso y el muro, se han podido documentar arqueológicamente por primera vez en esta etapa de la Edad del Bronce. Este muro fue, sin duda, un monumento muy impresionante en el paisaje²⁴.

Si bien aquí no se encuentran tesoros u obras artísticas, sus ruinas contenían gran número de huesos de caballo. Se considera incluso que la domesticación de este tipo de animal sería un reflejo o prueba de que los habitantes de Troya VI tenían una ventaja estratégica sobre los antiguos habitantes del lugar. Además, se encontró gran cantidad de cerámica micénica del tipo IIIa, lo cual sería una prueba de la existencia de estrechas conexiones con el mundo griego micénico. Por ejemplo, un modelo de cerámica típica de Troya VI de color gris o mate, sin decoración, la cual era muy similar a la llamada cerámica miniana griega contemporánea. Cabe señalar que en las últimas fases de Troya VI se produjeron considerables variedades de cerámica micénica sea importada o elaborada mediante imitaciones locales.

Al cabo de unos 500 años, Troya VI fue destruida por una catástrofe monumental que los investigadores han atribuido a un movimiento telúrico o terremoto de grandes proporciones. Pese a ello, la reconstrucción fue casi inmediata, conformando el estrato conocido como Troya VII o, en forma más exacta, la Troya VIIa. Esta ciudad no manifestó cambios culturales mayores que la Troya VI, pero se la considera como coincidente con el último gran período de la Grecia continental denominado Micénico IIIb, el cual comienza alrededor del 1300 a. C. No obstante, Troya VIIa fue destruida a causa de un incendio y se despobló en una época no precisada todavía, pero cercana al 1100 a. C.²⁵

Esto quiere decir que la fecha de su caída puede relacionarse con todos los problemas que caracterizaron el fin del mundo micénico. En efecto, la arqueología nos revela que Troya VIIa fue destruida por el hombre, pese a que la fecha sólo puede determinarse sobre la base que nos otorgan los hallazgos de alfarería. Por tal razón, el hecho de que solamente la Troya VIIa posea la cerámica micénica IIIb, mientras que la IIIc apareció en el corto período VIIb. Lo anterior implica que la caída de Troya VIIa fue parte de un cataclismo general o una guerra intensiva que asoló toda el área del Egeo alrededor del 1200 a. C. Ello permitiría sostener, según algunos estudiosos, que nos encontraríamos frente a la Troya homérica²⁶.

²⁴ Siebler, *op. cit.*, p. 167.

²⁵ No obstante, el investigador estadounidense, Robert Drews, sostiene otra interpretación: el sitio de Hirssarlik tuvo dos fases de asentamientos continuos –Troya VIIh y Troya VIIa–, los cuales fueron destruidos al final de la Edad de Bronce y en ambos casos, según Drews, fueron quemadas. Los datos para distinguir una fase de la otra todavía son objeto de discusión, pero es un hecho que Troya VIIh –una imponente ciudadela fortificada– cayó en una determinada fecha en la segunda mitad del siglo XIII a. C. Después de dicha destrucción, una nueva población que compartía la cultura material de Troya VIIh se estableció dentro de la fortaleza, restauró sus muros de protección y construyó allí una serie de pequeñas viviendas. Esta nueva ciudad –Troya VIIa– fue probablemente quemada entre el 1190 y 1180 a. C., pero los sobrevivientes nuevamente la reconstruyeron y la ocuparon –fundando la Troya VIIb– en el siglo XII a. C. Drews, *op. cit.*, p. 10.

²⁶ Hooker, *op. cit.*, p. 311.

LA TROYA HOMERICA Y SU RELACION CON EL MUNDO MICENICO

Personalmente consideramos que tanto los antecedentes arquitectónicos como la alfarería provenientes de Troya se enmarcan cronológicamente dentro del mundo micénico. De esta manera, si consideramos la construcción monumental a base de murallas ciclópeas de carácter defensivo, el uso de modelos de plantas arquitectónicas comunes denominadas megaron, la existencia de palacios como estructura administrativa y la abundante cerámica de la misma cultura, podríamos deducir que no existe un quiebre o diferencia sustancial entre las culturas de las ciudades de Troya II y Troya VI-VII con respecto al mundo de Micenas existente en la misma época en la Grecia continental.

En efecto, al igual que la mayor parte de los centros micénicos, Troya también podría definirse como una imponente ciudad fortificada —o, en términos medievales, “un castillo”— compuesto por un palacio real, algún edificio que pudo cumplir una función ritual, administrativa o religiosa y casas pertenecientes a personas importantes. Al igual que Micenas, la ciudad ocupaba una extensión de territorio bastante reducido y no albergaba al grueso de la población, por cuanto ésta se distribuía alrededor de la fortaleza central. Tanto las importaciones como las imitaciones atestiguan contactos con el mundo micénico durante un largo período. De hecho, a la luz de los datos disponibles, Troya mantuvo relaciones más estrechas con los micénicos que con ningún otro pueblo del Asia Menor, exceptuando a Mileto, situada mucho más al sur²⁷.

No en vano, gracias a los vestigios hallados en Troya VI-VII, es posible establecer que esta fortaleza ocupó un lugar destacado dentro del amplio mercado comercial existente entre las diversas ciudades o palacios establecidos a lo largo del Asia Menor y en el Antiguo Próximo Oriente durante esta época de la Edad del Bronce. Así, Troya y el mundo micénico eran, en esencia, una misma cultura que desaparecieron en forma conjunta. En efecto, sea cual sea la causa, todos los centros micénicos fueron destruidos e incendiados uno tras otro a finales del siglo XIII a. C. Troya le siguió los pasos. En vista de lo anterior, ¿fueron Troya, y los demás centros micénicos, una misma cultura destruida en conjunto por un mismo pueblo invasor?²⁸

¿O podría argumentarse, en cambio, que en el siglo XIII a. C. existía una “rivalidad histórica” nacida por la distinción clásica entre el mundo “occidental” (o micénico) y el mundo “oriental” (o troyano)? En vista de lo anterior, ¿pudo Troya, quizás, ser destruida por alguna ciudad micénica rival? Cabe señalar que — pese a que persisten ciertas dudas sobre la posibilidad de que una coalición micénica, del lado griego, organizara un ataque coordinado a la ciudad de Troya— es factible que dicha confrontación se produjera en dos períodos correlacionados, esto es, la Micénica IIIb y la Troya VIIa. Todo lo anterior, sin desmerecer el hecho de que ambos compartían una cultura común:

Es obvio que no fue posible una invasión micénica organizada contra Troya en el 1200 ya que las mismas potencias griegas estaban siendo atacadas o habían sido destruidas para ese entonces. Si trasladáramos la guerra a la generación posterior podríamos sortear esta dificultad, pero al hacerlo nos crearíamos complicaciones con la correlación de las fechas de los hallazgos de Troya y las de los lugares más importantes de Grecia²⁹.

En este punto, creemos que un medio de información que nos permitiría iluminar este hecho como uno de carácter “histórico” sería recurrir a fuentes contextuales perteneciente a los dos grandes imperios orientales de la época: el egipcio y el hitita. Si partimos de la premisa que la ciudad y la cultura de Micenas pudo haber llegado a conformar un imperio unificado —y con el poderío suficiente para atacar una ciudad como Troya— entonces debió haber quedado algún registro en algún archivo de las potencias dominantes del Mediterráneo oriental. Más aún si consideramos el hecho de que los dos lugares centrales del relato homérico —Micenas y Troya— están geográfica y políticamente relacionados a las dos potencias mencionadas.

²⁷ Algunos especialistas sostienen que la aparición abundante de cerámica micénica vendría a explicar una invasión de ese pueblo a Troya VI, corroborando, de paso, el relato de la Troya de Homero. Otros creen que la cerámica gris de Troya VI representa una producción cerámica local denominada “anatólica”, mientras que otros especialistas afirman que se trata de una cerámica importada a Troya por elementos extraños que habían expulsado a los habitantes anteriores de la ciudad. Hooker, *op. cit.*, pp. 311 y 312; Finley, *op. cit.*, p. 98.

²⁸ Por largo tiempo se identificó a los dorios como los principales responsables de la desaparición de la cultura micénica. Sabemos que los dorios eran un pueblo que en épocas posteriores a la destrucción de Troya dominaron las regiones meridionales y occidentales del continente griego, y conservaron una hostilidad tradicional hacia los jonios, el pueblo que dominaba el Egeo central y el Asia menor, donde estaba erigida la ciudad de Troya. Dicha hostilidad culminó en veintisiete años de guerra en el siglo V a. C. En vista de lo anterior, ¿fueron también ellos los responsables de la destrucción de Troya VI-VII? En realidad, consideramos que ello no sería una prueba convincente de que dicha rivalidad entre jonios y dorios ya era común en el siglo XIII a. C., a tal grado de realizar una destrucción sistemática de las ciudades micénicas, incluida Troya.

²⁹ Finley, *op. cit.*, p. 100.

Cabe señalar que en Egipto se han encontrado grabados ciertos topónimos egeos en un zócalo de estatua del templo funerario de Amenofis III (1390-1352 a. C.), situado en Tebas. Allí se menciona a Creta y a un imperio de los dánaos. Dicha denominación también fue usada por Homero, Píndaro y Pausanias para referirse a los griegos aqueos de la Argólida, Lacedemonia y Micenas. También a Creta se la denomina Kafta y al imperio de los dánaos se denomina Danaja o Tanaja. Por otro lado, en los anales de Tutmosis III (1479-1426 a. C.), también se menciona al príncipe de los dánaos, el cual estaría deseoso de establecer relaciones diplomáticas con el faraón egipcio, a cuyo imperio pertenece toda la Franja Siropalestina hasta el río Eufrates³⁰.

Partiendo de estos datos, es muy factible que el reino de Micenas del rey Agamenón, a que hace referencia Homero, no sólo fuera conocido por los egipcios, sino que también era juzgado como geográficamente relevante para la política exterior egipcia. También los hallazgos arqueológicos, particularmente la amplia existencia de cerámica micénica en diferentes costas del Mediterráneo oriental, nos reflejan cierto papel económico y político de la Grecia micénica que no pudo haber pasado desapercibida para los egipcios. Y de haber existido una gran guerra o conflagración que afectara a determinadas regiones del Mediterráneo y que involucraba a los mismos micénicos, ella no pudo haber pasado desapercibida para el Imperio egipcio. Lamentablemente, todavía no se han encontrado inscripciones u otra evidencia egipcia y/o micénica que lo corrobore.

Pese a ello, en el año 1995 se llevó a cabo un importante descubrimiento arqueológico en la misma Troya. El equipo internacional dirigido por Manfred Korfmann encontró un sello biconvexo en una casa del estrato Troya VII —específicamente Troya VIIb2 “temprana”— y que había sido sepultada bajo tierra en torno al 1150 a. C., aunque es factible que el sello sea aún más antiguo. La inscripción del sello está escrita en jeroglíficos correspondiente a una lengua emparentada lejanamente con el indoeuropeo llamada luvita, y menciona a un escriba y a su mujer. Todo lo anterior permite inferir que en la Troya de los siglos XIII o XII a. C. se conocía la escritura como medio de entendimiento, por lo menos en lo que se refiere al ámbito de las casas señoriales, a los asuntos económicos y a las relaciones internacionales³¹.

Lo importante en este caso es que el mencionado sello guardaba especial relación con los archivos palaciales pertenecientes al gran imperio hitita, situado en la Anatolia o Asia Menor, específicamente en su capital Hattusa, cerca de la actual Borghazkoy. Cabe señalar que los grandes reyes hititas mantuvieron correspondencias y tratados con varios de sus estados vasallos situados, preferentemente en las costas de Asia Menor, donde Troya parece haber sido uno de ellos. Gracias al desciframiento de la lengua hitita, y su relación inmediata con el luvita, fue posible establecer un panorama de las estructuras de poder en la época, las confrontaciones guerreras y las diferentes intrigas diplomáticas que sacudieron el Mediterráneo oriental entre los siglos XV y XIII a. C.

Gracias a las investigaciones desarrolladas por el especialista en estudios hititas de la Universidad de Tübinga Frank Starke fue posible establecer un mapa de la extensión del imperio hitita y sus relaciones con otros reinos vecinos y vasallos de su imperio. Entre dichos reinos destaca un Estado denominado Wilusa o Wilios, cuyo gobernante Alaksandu había establecido un tratado de vasallaje y alianza con el rey hitita Muwatalli II (1290-1272 a. C.). Lo interesante de estos datos radica en que Alaksandu es un nombre cuya traducción correspondiente en griego es Alexandros, lo cual es un alcance inmediato con uno de los personajes principales de la *Iliada*: el hijo del rey Príamo de Troya, Paris, quien también es llamado Alejandro. Por otro lado, es factible que Wilusa o Wilios era Ilión, el otro nombre con que se conoce a la Troya homérica³².

Además, en los registros de otro rey hitita conocido como Tudhaliya I (1420-1400 a. C.) se mencionan diferentes tierras, entre las cuales destacan una ciudad llamada Wilusiya y el país de Taruisa. Es muy factible que Wilusiya fuera otro nombre hitita para Ilión, mientras que el país de Taruisa —pese a que no existe todavía consenso entre los especialistas— podría fácilmente representar a la región o comarca que rodeaba a Ilión, esto es, la región de Troáde. También se considera que el pueblo que atacó Troya en la obra homérica —los aqueos de Grecia— podría ser identificado con un pueblo denominado por los hititas como provenientes del país de los Ahhijawa, que representaba ciertas áreas de la Grecia oriental y de las islas del Mediterráneo oriental, además del enclave exterior de Mileto³³.

³⁰ Siebler, *op. cit.*, p. 143.

³¹ Siebler, *op. cit.*, p. 144.

³² Cabe señalar que Homero menciona al dios Apolo como la divinidad protectora de Troya, por cuanto era el dios que había colaborado en la construcción de los muros de la ciudad. Debido a ello, este dios poseía allí un templo, y en la *Iliada* menciona el hecho que defendía personalmente la puerta principal de la ciudad. Lo que nos interesa es el hecho de que Apolo puede ser identificado con una divinidad hitita llamado Apulunas o Apaliunas, el cual también era uno de los dioses principales de Wilusa. Incluso en el tratado mencionado entre Alaksandu de Wilusa y el rey hitita se menciona justamente al dios Apaliunas como testigo del trato. Siebler, *op. cit.*, p. 170.

³³ Siebler, *op. cit.*, p. 146.

Lo más interesante de estos detalles radica en la mención, dentro de los archivos hititas, de la constante intromisión de un rey de los Ahhijawa llamado Pijamaradu en los asuntos internos de Wilusa, invadiendo y saqueando la isla de Lesbos. De esta manera, este Pijamaradu volvió inseguras la costa occidental del Asia Menor, donde estaba la ciudad de Ilión o Troya, hasta la época de Hattusili III (1265-1240 a. C.). Este rey hitita incluso envió una misiva a un rey de los Ahhijawa en la cual se dirige a él como “mi hermano”. Lo relevante de esta denominación radica en que el rey de los Ahhijawa estaba situado en un plano de igualdad con respecto al rey hitita y al faraón de Egipto, lo cual implica que los hombres del oeste no representaban un papel subalterno ante el dominio hitita. Al contrario, era manifiesto que el reino de los Ahhijawa era viable como una potencia militar y comercial de consideración. ¿Podría ser una evidencia del poderío micénico –los “aqueos” de Homero– quienes se enfrentaron con un reino vasallo de los hititas? ¿Podría ese enfrentamiento reflejar lo que fue históricamente la gran guerra homérica?³⁴

No obstante, es necesario tomar en cuenta una problemática. Durante el siglo XIX existió la costumbre de usar una disciplina académica como la arqueología para probar la “verdad” de algunas leyendas, siguiendo el ejemplo de la llamada “arqueología bíblica”, la cual buscaba probar que los relatos de la Biblia tenían sustento en evidencias materiales que reafirmaban la verdad de sus escritos en forma científica. Sin embargo, no todas las leyendas se prestan a tal tratamiento, sobre todo si tratáramos de exhumar los huesos de la esfinge o encontrar los restos del caballo de Troya. Sabemos, eso sí, que un par de las ciudades estratificadas de Hirsarlik –Troya VI-VII– parece haber sido destruida por un ataque violento alrededor del año 1250 a. C., una fecha que podría coincidir con la guerra de Troya cantada por Homero, y también con el colapso general de la Grecia micénica. De ello dice Chadwick:

...hay una gran diferencia entre el detalle que encaja con la leyenda y la realidad que lo confirma. La arqueología no tiene medios para decirnos los nombres de los generales, ni incluso quiénes fueron los atacantes. Aunque no necesitamos forzar nuestro escepticismo hasta el punto de rechazar la historia de la Guerra de Troya por completo, debemos, creo, expresar considerables reservas sobre los detalles de dicha guerra: su fecha, su motivación, los participantes, etc. Tampoco parece haber muchas esperanzas de que podamos saber más algún día, pero en la historia una mala fuente es a veces peor que ninguna. Haremos bien, pues, en mantener una postura imparcial³⁵.

En otras palabras, es factible creer que existe un núcleo histórico dentro de la *Iliada*, y que una gran conflagración entre una coalición de aqueos o micénicos contra una ciudad situada en Asia Menor y sus aliados respectivos, constituyó un hecho histórico más que factible en la gran vorágine del mundo antiguo. Sabemos que lo anterior podría involucrar una especie de “cuestión de fe” con respecto a las narraciones homéricas, por cuanto hasta hoy falta una prueba irrefutable. A partir de entonces, sabemos que gracias a ciertos datos arqueológicos que enlazan la cultura troyana con el auge de la micénica, es posible afirmar que el núcleo de la historia de Troya, con su famosa guerra, no puede concebirse antes del 1450 a. C. ni después del siglo XI a. C.³⁶

Pese a que no se han encontrado vestigios de enfrentamientos guerreros dentro y en los alrededores de Troya –en especial, por la inexistencia de restos significantes de armas, ausencia de señales de lucha y de muertos– ciertas reflexiones sobre las evidencias destructivas halladas en Troya, particularmente los indicios de terremotos e incendio, pueden entregarnos cierta luz sobre posibles hechos violentos. Para empezar, la existencia de muros de fortificación en la ciudad interior motivaba el empleo de armas de largo alcance, tales como arcos y flechas, además de hondas. Se han hallado en Troya vestigios de puntas de flechas y proyectiles bicónicos para lanzar, los cuales corresponderían a la Troya Va y la Troya VI, los cuales corroborarían la relevancia que tenían este tipo de armas en la época, más aún si consideramos que varias tumbas micénicas e hititas tendían a representar a guerreros aprovisionados con dichas armas³⁷.

³⁴ Siebler, *op. cit.*, p. 147.

³⁵ Chadwick, *op. cit.*, p. 233.

³⁶ Debemos considerar que la famosa guerra de Troya, la cual ha podido ser reconstruida a partir de las informaciones dispersas a lo largo de los capítulos o cantos del relato homérico, sólo pudo haber tenido lugar durante el periodo de florecimiento de la época micénica, según se desprende de los hallazgos arqueológicos acumulados a través del tiempo y señalados anteriormente en el presente ensayo. Pero también debemos mencionar que la memoria colectiva de esta guerra, conservada como herencia cultural en la memoria griega desde los tiempos más remotos, permaneció fijada en versos hexámetros y mantenida durante 450 a 350 años aproximadamente hasta llegar a la época de Homero en el siglo VIII a. C. Antes de Homero, este legado fue transmitido oralmente por generaciones de recitadores o aedos, es decir, los cantores de las cortes nobles que constituían la herencia social de la aristocracia guerrera que existió en el mundo micénico. Siebler, *op. cit.*, p. 180.

³⁷ Siebler, *op. cit.*, p. 184.

Si bien el número de proyectiles y puntas de flechas es escaso, ello se debería al alcance de ese tipo de armas. Cabe señalar que en las acciones de guerra comunes al mundo antiguo, los bandos enfrentados tendían a situarse a unos cien metros, pero el tiro ajustado a un objetivo se realizaba sólo entre treinta y sesenta metros. No obstante, la zona de fortificación de Troya VI o Troya VII no se encontraba inmediatamente amenazada por armas de corto y medio alcance, por cuanto éstas se disparaban desde un terreno más bajo. Además no podía llegarse con mucha facilidad hasta el pie de la fortaleza, si tomamos en cuenta que por fuera y ante ella se encontraba un gran asentamiento que protegía la zona de la fortificación del ataque directo con armas de largo alcance:

En cualquier caso, la ciudad inferior constituía un obstáculo artificial para la aproximación ante la acrópolis, que podía hacer que una embestida contra los poderosos muros de la fortaleza se convirtiera en una empresa sencillamente imposible. Queda a la imaginación de cada uno representarse el modo cómo se desencadenaron los combates por Troya VI o VIIa en las calles ante la puerta sur de la fortificación, y dónde se decidió la batalla que condujo tal vez a la capitulación, de modo que ante las puertas de los palacios no llegara a producirse una matanza. Además, hay que partir de la base de que los supervivientes rescataron a los muertos de las calles, los sepultaron y recogieron sus armas. Incluso las espadas destrozadas eran valiosas, ya que podían fundirse y volver a utilizarse³⁸.

Finalmente, debemos mencionar que la posible destrucción de Troya por medio de un terremoto y no por una conquista militar, no desmerece para nada el antecedente homérico. Es muy factible que esta ciudad hubiera resistido un ataque de un enemigo por largo tiempo y que, incluso, triunfara sobre él. Pero la zona de los Dardanelos se caracteriza por ser altamente telúrica, y es más que probable que fuese un terremoto el que entregó a esta ciudad al pillaje enemigo. En tal caso, una conflagración como la relatada por Homero pudo decidirse mediante las fuerzas de la naturaleza y el famoso caballo de Troya pudo ser usado como una metáfora sobre el dios Poseidón—dios de las aguas y los caballos—, quien sacudía la tierra mediante terremotos para manifestar su ira. Y Poseidón, según lo que se desprende de los relatos homéricos, era enemigo declarado de dicha ciudad. Por lo tanto, la guerra de Troya sería una remembranza de un conflicto y una victoria que no fue ganada por la superioridad militar, sino por la acción de un dios determinado³⁹.

A MODO DE EPILOGO: LOS ESTUDIOS SOBRE TROYA EN EL DIA DE HOY

Actualmente, las investigaciones sobre la ciudad de Troya han tomado otros derroteros, alejándose gradualmente del relato homérico. Por ejemplo, gracias a las fuentes hititas y egipcias es posible establecer la supuesta identificación de Troya, su situación topográfica y su relevancia en la Edad de Bronce, sin recurrir necesariamente al relato homérico. Bajo este punto, también es factible que la ciudad de Troya—y el propio mundo micénico— no debería ser solamente estudiada bajo el tradicional prisma “grecocéntrico”, por cuanto sus componentes culturales pertenecen más bien al mundo del Antiguo Próximo Oriente⁴⁰.

Lo anterior es fácilmente deducible si consideramos, desde un punto de vista lógico, ciertas inconsecuencias producto de una visión “grecocéntrica” de esta ciudad del Helepostos que sólo se han mantenido por alcances derivados de los relatos homéricos, y que fueron aceptadas literalmente por muchos investigadores deseosos de ensalzar el pasado clásico. Por tal razón, el propio Carl Blegen tomaba a los habitantes de Troya VI

³⁸ Además, según el propio Korfmann, hubiera sido una casualidad encontrar huellas de combates en los sectores ante las puertas o muros, por cuanto dichos niveles estaban situados muy cerca de la superficie y los romanos, posteriormente, hundieron demasiado en el suelo los cimientos de sus casas cuando ocuparon Troya y la denominaron Ilium. Siebler, *op. cit.*, p. 186.

³⁹ Otro alcance interesante es aportado por Drews: la historia sobre el caballo de Troya podría ser una alegoría lejana sobre los drásticos cambios en el plano militar que marcaron el fin de la Edad de Bronce, particularmente en lo que guarda relación a la derrota de la caballería a manos de un cuerpo de infantería. Si bien la *Iliada* de Homero no es descrita como un enfrentamiento entre jinetes troyanos e infantes aqueos, es interesante destacar que la descripción de un líder aqueo como Aquiles es “el de pies ligeros”, lo cual es apropiado para designar el arcé de un guerrero corredor; mientras que la designación “domador de caballos” sirve como epíteto convencional para el héroe troyano Héctor y para todos los troyanos en general, lo cual sería un indicio histórico sobre la importancia táctica que pudo existir en Troya en lo referente a los jinetes y carros de combate. Curiosamente, aquí hallamos un paralelo sorprendente con algunos relatos bíblicos sobre la conquista de la Tierra Prometida, esto es la tierra de Canaán en la actual Palestina. Tanto en el libro de Josué y Jueces se mencionan las dificultades de los líderes israelitas—como Manasés— para derrotar a los cananeos por cuanto éstos poseían carros de combate. No obstante, dos de las más arcaicas piezas de poesía hebrea, existentes en Exodo 15—“La canción del mar”— nos relatan precisamente la victoria del dios israelita sobre el ejército de carros del faraón egipcio. Drews, *op. cit.*, 212.

⁴⁰ Siebler, *op. cit.*, p. 147.

como los primeros griegos que pusieron pie en Asia Menor. Por lo tanto, la guerra homérica vendría a ser una guerra entre griegos –o micénicos, si se quiere– en una época determinada de la Edad de Bronce⁴¹.

No obstante, últimos hallazgos en Troya permiten inferir que esta ciudad legendaria puede incorporarse dentro de una serie de capitales y ciudades comerciales pertenecientes al contexto del Antiguo Próximo Oriente⁴². De esta manera, la combinación de fortaleza y ciudad inferior densamente poblada y rodeada por un muro es ajena a la región del Egeo y, particularmente, a la Grecia continental. En cambio, dicho diseño arquitectónico es afín a las antiguas ciudades orientales y del Asia Menor. Además, la arquitectura de Troya VI, con la utilización de muros de casas y fortificaciones en declive, y la construcción superior de adobe, pertenece a una orientación oriental y/o anatólica que no guarda relación con Grecia⁴³.

Estas observaciones nos sirven de base para explicar por qué a casi cien años de la muerte de Schliemann, el sitio de Hirssarlik atrajo a otro arqueólogo alemán quien, a diferencia de los antiguos directores de excavaciones, no estaba tan interesado en buscar a Homero entre las ruinas. Este arqueólogo alemán fue el mencionado prehistoriador Manfred Korfmann, quien le dio un nuevo impulso a las investigaciones sobre la antigua Troya. El fue uno de los primeros investigadores en sostener, a principios de los años 80, que había sido el comercio marítimo y no la belleza de una mujer lo que habría producido la famosa guerra de Troya recordada por los relatos homéricos.

De esta manera, el enfoque de Korfmann involucraba una investigación más amplia. Para él, la problemática sobre la historicidad de la transmisión homérica es sólo un aspecto parcial o complementario dentro del gran proyecto denominado “Troya y la Troáde. Arqueología de un paisaje”, pese al innegable interés y expectación que el sitio ejerce para la imaginación colectiva. En realidad, a Korfmann parece interesarle más la relevancia que este sitio arqueológico tuvo como zona de contacto entre Oriente y Occidente, sobre todo en el marco del desarrollo de las primeras relaciones culturales y políticas económicas en esa región del Asia Menor⁴⁴.

Para empezar, Korfmann descubrió un cementerio de marineros a unos 8 km al suroeste de Hirssarlik, perteneciente al siglo XIII a. C., y correspondiente, supuestamente a la época de la Troya homérica. A diferencia de otros cementerios más antiguos, en éste se hallaron diferentes prácticas funerarias: algunos fueron incinerados; otros exhumados, pero en varios tipos de tumbas. Korfmann supuso que el cementerio estaba asociado a comunidades comerciales transitorias formadas por mercaderes de diferentes tierras, junto con las tripulaciones necesarias para manejar los barcos que llevaban sus mercancías⁴⁵.

⁴¹ Siebler, *op. cit.*, p. 168.

⁴² Esta relación con el Antiguo Próximo Oriente también puede establecerse dentro del propio estilo homérico. Un importante investigador como Cyrus Gordon estableció muchos paralelos entre la narrativa homérica con respecto a las bíblicas. Él piensa que incluso los eventos que guardan relación con el establecimiento de la monarquía davídica y los hechos centrados en torno a la guerra de Troya proveyeron el material para las posteriores épicas y sagas tanto de hebreos como griegos. Además de los préstamos culturales que recorrieron diferentes latitudes del mundo mediterráneo de la época y que también fueron empleados por quienes confeccionaron las versiones finales de las obras homérica y bíblicas. Todo lo anterior permitiría suponer que por razones cronológicas, geográficas e históricas, tanto las primeras obras hebreas como griegas –lejos de pertenecer a dos mundos separados– estaban estrechamente relacionados dentro del ámbito literario desarrollado por todo el Antiguo Mediterráneo Oriental. Ejemplo de lo anterior puede verse en las menciones de la *Iliada* sobre la ciudad portuaria fenicia de Sidón; el epíteto de Zeus como “Padre de los hombres”, al igual que el dios El en Ugarit; la práctica de quemar los cuerpos de los héroes caídos en batalla, como fueron los casos de Patroclo y Héctor en la obra de Homero, y la del rey Saúl en la Biblia; el combate entre campeones de dos ejércitos, como el de Menelao y Paris, y entre David y Goliat; etc. Cabe destacar, en el último caso, que el rey Saúl fue muerto por los filisteos, un pueblo que tuvo el mismo origen mediterráneo oriental que los micénicos en la guerra de Troya. Tanto Troya como Beth-shan (donde fue cremado Saúl) fueron ciudades con el mismo carácter cultural que caracterizó la llamada “Edad heroica”, por cuanto tanto las primeras narrativas hebreas como griegas, según el propio Gordon, estaban intrínsecamente relacionadas, y ninguna de las dos puede entenderse en forma aislada. Cyrus H. Gordon y Gary A. Rendsburg, *The Bible and the Ancient Near East*, W. W. Norton & Company, New York and London, 1997, pp. 96 y 108.

⁴³ A esto debemos agregar ciertas discrepancias actuales para con la cerámica hallada en Troya que es de carácter micénico. Como se señaló anteriormente, se han hallado importantes cantidades de cerámica micénica, lo cual reflejaría el contacto cultural y comercial con dicha civilización de la Grecia continental. No obstante, el arqueólogo alemán Korfmann sostiene que ha existido un gran prejuicio por parte de muchos investigadores que no han considerado relevante las toneladas de cerámica denominada “anatólica” o “gris anatólica”, la cual reflejaría una cultura material independiente del mundo micénico. Además, en Troya VII apareció una cerámica que ha sido denominada por los excavadores alemanes como *buckelkeramik* fabricada a mano y relacionada con una lejana civilización de la cuenca del Danubio. Siebler, *op. cit.*, p. 171.

⁴⁴ Lo anterior explica el aumento de los estudios especializados dentro de la misma Troya. Por ejemplo, los especialistas en el campo de la prehistoria se han dedicado a investigar las fases de colonización más primitiva de la colina de Hirssarlik, representado por Troya I y II; los arqueólogos de la Edad de Bronce se han interesado por los restos arqueológicos de Troya VI; mientras que el equipo arqueológico de la Universidad de Cincinnati se ha centrado en descubrir los importantes restos pertenecientes a la época griega y romana, esto es, Troya VIII y IX respectivamente.

⁴⁵ Wright, *op. cit.*, p. 11.

Los mercaderes traficaban metales preciosos, cerámica, vino, aceite y otros artículos. Intentaban cruzar los Dardanelos hasta mar abierto, mediante uno de los pasos más difíciles del tráfico por el Egeo: el angosto estrecho que vierte sus aguas en el Mar Negro, alimentado por los grandes ríos del este de Europa y las estepas eurasiáticas: el Danubio, el Don, el Dniéper, el Bug y el Dniéster. La acometida de las aguas en el estrecho producía una contracorriente que es por término medio de 5 a 8 km por hora. Con el viento a su espalda, un antiguo barco de vela podía dominar la corriente, pero incluso en verano los vientos eran casi siempre adversos, puesto que soplaban hacia el norte.

Por tal motivo, los antiguos barcos que transitaban esta ruta buscaban refugio en un puerto cerca de la entrada del estrecho y aguardaban durante días, semanas o meses hasta que las condiciones permitían el paso. Todo lo anterior produjo una situación muy provechosa para Troya, puesto que disponía del puerto más cercano —la bahía de Besike— que bloqueaba los vientos que soplaban del estrecho. La protegida bahía era el lugar perfecto para que los marineros de la época pasaran el tiempo hasta que las condiciones cambiaran a mejor. Y fue precisamente en el extremo norte de la bahía de Besike donde Korfmann descubrió el cementerio de los marineros⁴⁶.

En vista de lo anterior, Korfmann concluyó que esta bahía había sido el escenario de un activo comercio, principalmente porque los antiguos barcos se veían obligados a detenerse y a permanecer allí. La cercana fortaleza de Troya probablemente exigía una parte de los beneficios de este tráfico, imponiendo cuotas para permitir que los barcos anclaran en el puerto o que vararan en las orillas, sin olvidar los cobros por alimentación y otros beneficios. Los marineros, retenidos por los vientos, no tenían otra opción que aceptar las imposiciones de Troya. Gracias a esto, Troya se volvió rica y, bajo el razonamiento de Korfmann, se convirtió también en un blanco apetecible.

Los mercaderes de la Grecia continental, y de otros lugares, que se resentían de los peajes que imponían los habitantes de la ciudad, o que simplemente codiciaban el oro de Troya, pudieron regresar bien armados para asediarla con violencia, conquistarla y destruirla en más de una ocasión. Para Korfmann, el paso de los siglos había terminado deformando estos acontecimientos, y los había elevado de meras incursiones, motivadas por el resentimiento y la avaricia, a una campaña de diez años heroicos cantados en un poema por Homero y librada por enormes ejércitos que buscaban honor en batallas, glorias marciales y la belleza de una mujer.

Pero es ahí donde comienza el mito y dónde termina la Historia. Por lo tanto, acordamos con Korfmann al momento de buscar la referencia que nos permita estudiar y comprender históricamente los relatos homéricos:

Al momento de iniciar nuestros estudios sobre la antigua ciudad de Troya, no vamos a actuar a partir de la *Iliada*, vamos a actuar más bien como prehistoriadores de este altamente interesante cruce de culturas (...). Creo que la *Iliada* contiene un núcleo histórico veraz: esas guerras se libraron constantemente sobre este importante lugar geopolítico que controlaba los estrechos y la entrada al Mar Negro. Pero la cuestión de si llegó a existir alguna vez un Paris o una Helena debe quedar en segundo plano...⁴⁷

⁴⁶ Wright, *op. cit.*, p. 12.

⁴⁷ En este punto Korfman parece coincidir con las deducciones del estudioso bíblico y arqueólogo francés, el dominico Roland de Vaux, enunciada en 1970. Para De Vaux, la arqueología no podía probar que las ruinas de Hirssarlik pertenecían a la Troya homérica, pero en cambio demostraba que dicho sitio era el más estratégico e importante de la región que pasaría a conocerse como Troáde, y que este sitio ya era ocupado en la época que se presumiría como perteneciente al de la guerra de Troya. Las inscripciones encontradas en los estratos superiores, correspondientes al período helenístico y romano, nos permite otorgarle el nombre posterior de Illium o Ilias. Fue el geógrafo Estrabón quien señaló que los habitantes de esa ciudad creían que su ciudad descendía de los troyanos, lo que es corroborado con el hallazgo de monedas de Ilias talladas con la figura de los héroes de la *Iliada*. Finalmente, fue el propio Homero quien empleó los nombres de Ilias y Troya para designar a la ciudad de Príamo. Wright, *op. cit.*, p. 42; Roland de Vaux, "On Right and Wrong Uses of Archaeology", en la obra de J. A. Sanders (ed.), *Near Easter Archaeology in the 20th Century*. Essays in Honor of Nelson Glueck, New York, 1970, p. 74.

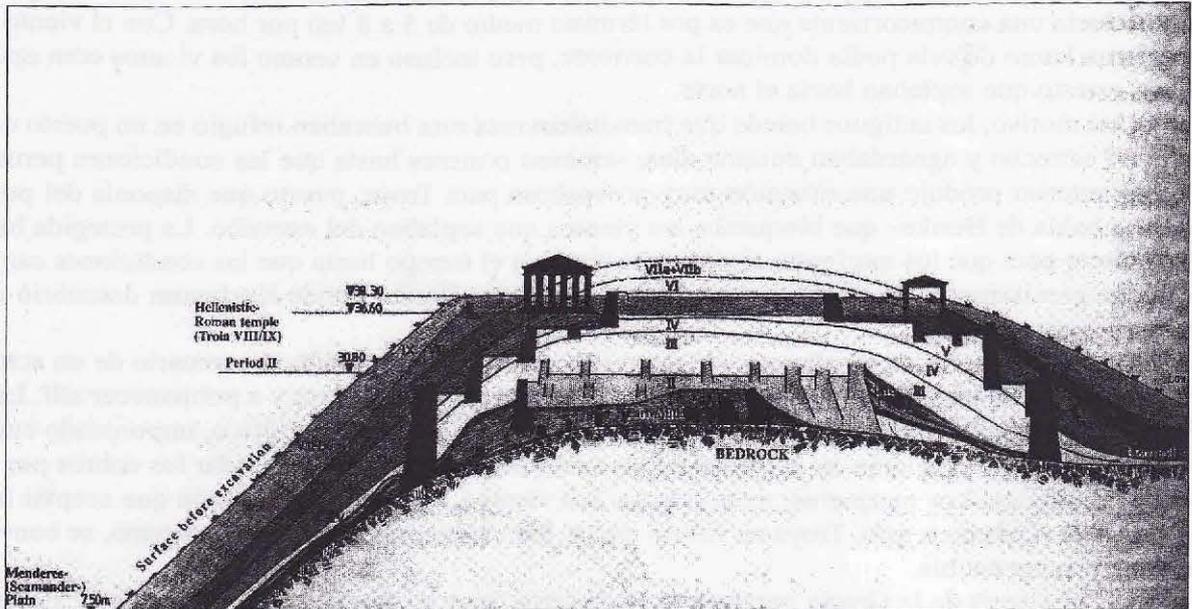


Figura 1. Corte estratigráfico de la colina de Hirssarlik donde han sido halladas las nueve ciudades de Troya. (AA.VV. *A guide to Troia*, University of Tubinge Press, Istanbul, 1999).

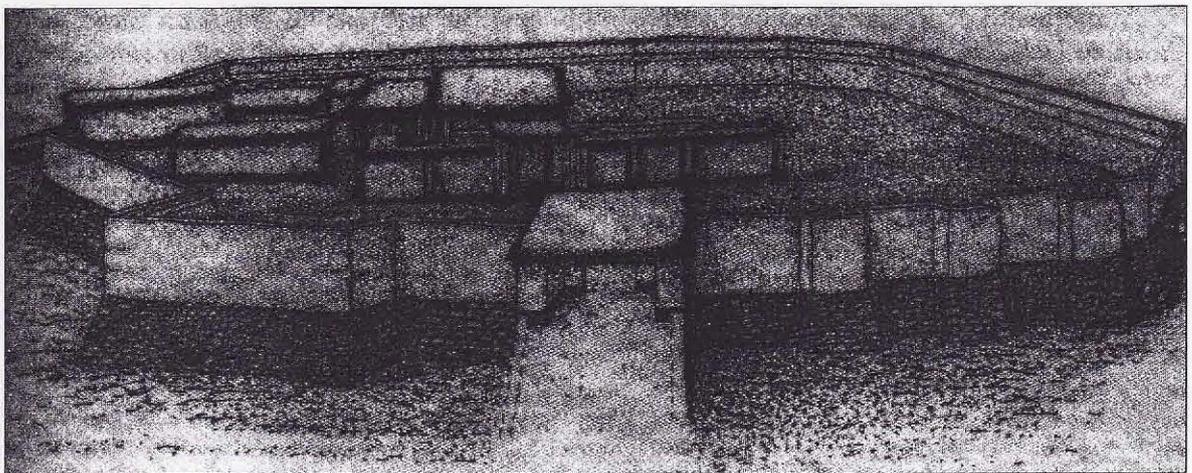


Figura 2. Ciudadela correspondiente al asentamiento de Troya II. (AA.VV. *A guide to Troia*, University of Tubinge Press, Istanbul, 1999).

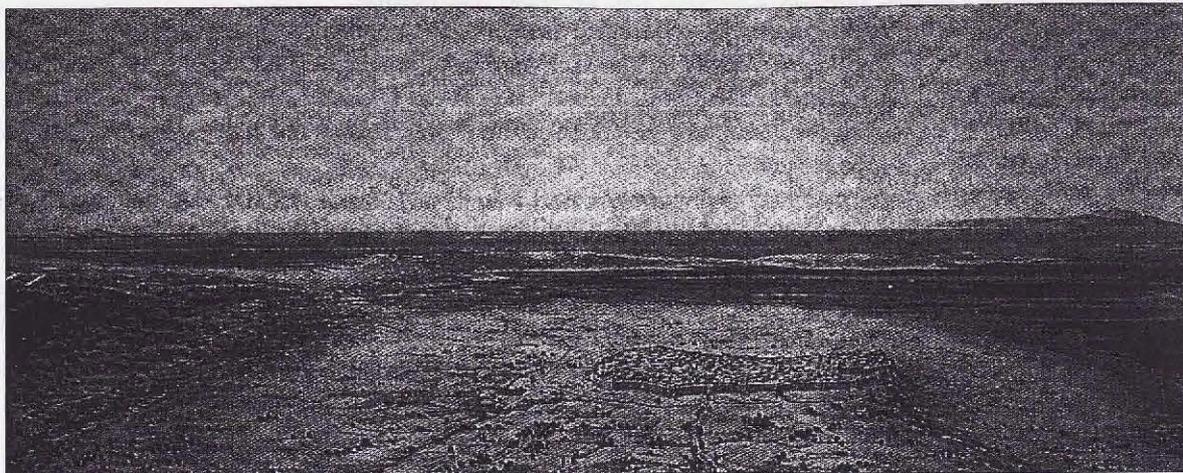


Figura 3. *Vista panorámica de la ciudad de Troya VI* (AA.VV. *A guide to Troia*, University of Tubinge Press, Istambul, 1999).

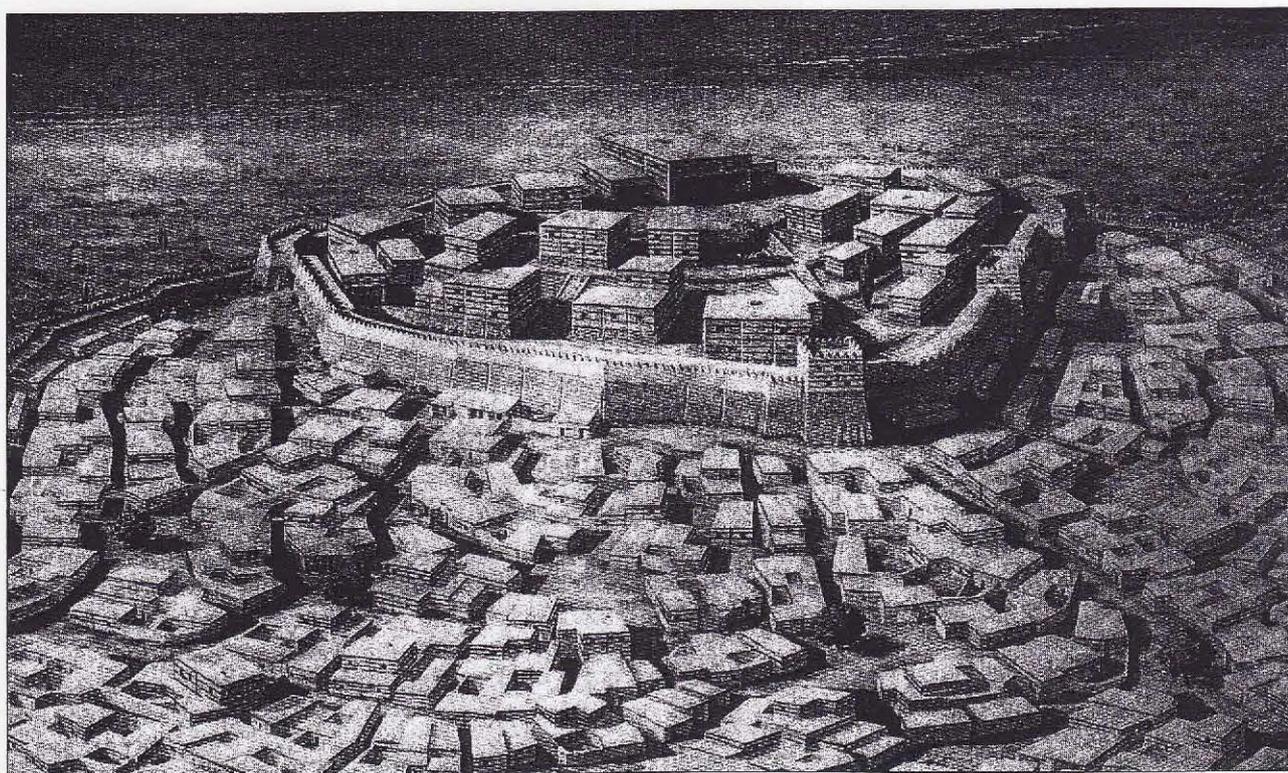


Figura 4: *Aproximación a la ciudadela de Troya VI* (AA.VV. *A guide to Troia*, University of Tubinge Press, Istambul, 1999).

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV.1999, *A Guide to Troia*, University of Tubinga Press, Istambul.
- C. W. Ceram. 1959, *Dioses, tumbas y sabios*, Ed. Destino, Barcelona.
- Chadwick, John. 1982, *El mundo micénico*, Alianza Editorial, Barcelona.
- Roland de Vaux. 1970, "On Right and Wrong Uses of Archaeology", en la obra de J. A. Sanders (ed.), *Near Easter Arcaeology in the 20th Century. Essays in Honor of Nelson Glueck*, New York.
- Drews, Robert. 1993, *The End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe C.A. 1200 B. C.*, Princeton University Press, New Jersey,
- M. I. Finley 1987. *Grecia primitiva: La Edad de Bronce y la Era Arcaica*, EUDEBA, Buenos Aires, Cyrus
- H. Rendsburg, Gordon y Gary A. 1997, *The Bible and the Ancient Near East*, W. W. Norton & Company, New York and London,
- J. T. Hooker 2000, "Troya", en la obra de Arthur Cotterell (ed.), *Historia de las civilizaciones antiguas*, Tomo I, Ed. Crítica, Barcelona.
- Ludwig, Emil 1955. "Schliemann", en sus *Biografías*, Ed. Juventud, Barcelona,
- Martínez, Oscar. 2004, "Troya, del mito a la historia" en *Historia Nacional Geographic* Número 2, pp. 48-59.
- Siebler, Michael. 2005, *La guerra de Troya. Mito y realidad*, Ed. Ariel, Barcelona, p. 21.
- Wright, James C. (ed.), 1996, *Civilizaciones perdidas*, Tomo 21, "Los Reinos del Egeo", Ediciones Time-Folio, Barcelona.